

En cuanto el procurador tuvo en su mano el escrito, hizo un medio saludo, dió media vuelta y salió del despacho. Luis lo siguió, y alcanzándolo en la antesala, le echó el brazo por el hombro, y hablando en voz baja, pasaron los dos al recibimiento.

El Sr. Buenaventura los siguió á su vez con los ojos y con los oídos; mas dejó de verlos luego que pasaron al recibimiento, y en cuanto á oír no pudo pescar ni una palabra.

— Bueno — dijo entre dientes. — Ya está la pelota en el tejado. Hoy quedará presentado el escrito, y mañana no se hablará de otra cosa. Muy bien. Mañana... hay vista..., vista larga, y el Sr. D. Luis se pasará cinco horas mortales en el tribunal, sujeto en la tribuna de la sala tercera como un preso en la cárcel. ¡Bah!.. Me voy á pasar solo el día en el despacho.

Mascullaba estas palabras arreglando los papeles que había sobre la mesa y recogiendo los pliegos en que Luis había hecho el borrador del escrito.

— Sí, señor, sí, señor — añadió sordamente. — Bien urdi- da la tela no hay escape, porque tenemos en nuestro poder las cartas de Ripoll.

Luis volvió al despacho, y el amanuense continuó arreglando los papeles.

CAPÍTULO XXV

UN RECUERDO

No sabía Margarita qué hacer con el billete, cuyo contenido ignoramos todavía, que Luis se dejó olvidado sobre la mesa del comedor; contenido acerca del cual las revelaciones hechas por la baronesa al brigadier nos permiten suponer que había en él conceptos sospechosos, lo bastante, al menos, para que Margarita sintiera en su corazón todo el profundo escozor de los celos.

Otra mujer que no fuese ella, habría apelado al recurso heroico de confundir á su marido poniéndole delante el testimonio auténtico de su infidelidad, echando sobre él todos los dicitos que para estos casos se reservan las mujeres celosas. Infame, desleal, traidor, perjuero, etc. Y luego, tomando por su cuenta á la cómplice, eche usted y no se derrame, le habría puesto como un trapo. En tal situación, un marido medianamente discreto, justa ó injustamente acusado, no tiene más que dos expedientes para salir del paso: ó coger el sombrero é irse á tomar el fresco, ó caer de rodillas delante de la mujer irritada, y prorrumpir en nuevos juramentos de eterno amor y de fidelidad eterna. Juramentos, que, dicho sea de paso, son inútiles si el marido es inocente, y mucho más inútiles si es culpable.

No es este el único recurso á que apelan siempre en casos semejantes. Hay mujeres que miran las infidelidades verdaderas ó imaginarias de sus maridos con más frialdad

de espíritu, y dejando á un lado los arrebatos de la ira, las convulsiones nerviosas, los soponcios y los torrentes de lágrimas, encuentran en las flaquezas ajenas una excusa á la flaqueza propia, y declarando á sus maridos indignos de toda consideración, toman el desquite allí donde lo hallan.

Aunque Margarita estaba construída del mismo frágil barro de que fué hecha la especie de Adán, y que por lo tanto sentía el impulso de todas las debilidades que asedian al género humano, poseía dentro de sí misma, y por la virtud maravillosa de su fe, la superioridad que Dios concede á los que lo conocen, lo buscan y lo aman. No le faltaba, pues, el noble valor de sus virtudes para resistir á la dura prueba por que pasaba su corazón, y allá en el fondo de su alma, persuadida de que Luis había caído en el lazo de una funesta tentación, en vez de acusarlo lo excusaba, en vez de despreciarlo lo compadecía.

— He perdido su afecto — se decía. — ¿Por qué? Luis no es vano, ni caprichoso, ni inconstante. ¿No puedo yo tener en tan grande desgracia mi parte de culpa? ¿He hecho yo siempre todo lo que debía hacer para conservar su cariño? ¡Dios mío! ¿No soy yo también culpable?

Después de dirigirse estas preguntas, agitaba tristemente la cabeza añadiendo:

— Yo he sido la que quise volver á la vida del gran mundo, yo la que lo saqué del tranquilo retiro en que vivíamos. Aquella risueña casa de San Juan de Luz, donde volvimos á encontrarnos y donde nos unimos para siempre, no debí nunca abandonarla. Allí le pagó Montero la deuda de su corazón. Allí murió su madre. Allí nació Serafín. ¡Qué ingratitud! Allí nos dejamos todos los recuerdos de nuestro amor. Aquel mar sin límites que va á perderse en el horizonte como la idea de la eternidad; aquel cielo que por todas partes sale al encuentro de nuestros ojos, como la última promesa de la esperanza; aquellas montañas silen-

ciosas que ocultan sus cimas en las nubes, como si no quisieran ver las tristezas de la tierra. Aquellas flores que Luis plantaba y yo cogía. Aquellos pájaros, siempre alegres, que se balanceaban cantando en las enredaderas de nuestras ventanas; las golondrinas que se iban, las golon-



No sabía Margarita qué hacer con el billete

drinas que volvían... Aquellos paseos solitarios..., aquellas veladas en que Montero nos refería las locuras de su juventud..., aquella comunicación tierna, íntima y continua, todo esto ¿por qué lo hemos abandonado?

Las desgracias presentes nos hacen retroceder á las dichas pasadas, porque la desgracia es un obstáculo que nos cierra el paso, y entonces volvemos al punto de partida como el viajero que ha perdido el camino.

— Yo — seguía diciendo Margarita, — yo quise abandonar aquel dulce retiro. Yo fuí la que quise volver á Madrid. Yo misma lo he traído á este gran mundo, tan lleno de es-

collos para la virtud, tan lleno de peligros para la honradez. ¡Yo!, que pretendí servir de ejemplo á las mismas que antes había servido de modelo. Las había deslumbrado con mi lujo, y quise mostrarles mi engaño dándoles ejemplo de humildad. Aquí donde ha brillado mi opulencia quería yo que brillase mi modestia.

Sonriéndose tristemente añadía:

— Amor propio..., amor propio... Hasta en las acciones bien intencionadas suele mezclarse el demonio de la vanidad.

Fija la mirada en el suelo, como si no se atreviera á levantar los ojos, exclamaba:

— ¡Ah, y cuán cara me cuesta! Pero no es esta sola mi falta. Volvimos á Madrid, y, como el mundo dice, abrí mis salones, que se llenaron de gente como si hubiera estado esperando á la puerta. Gentes que quitan la soledad y no dan compañía. Luis, que aborrece la ociosidad y que se encontraba alejado de mí por la sociedad que nos invadía, consagró sus ocios al estudio, y abrió su bufete como yo había abierto mis salones. Los negocios fueron absorbiendo poco á poco toda su atención. Lo veía menos, y siempre lo veía distraído, reservado, taciturno, y tuve celos de sus negocios; y aunque solía llorar á mis solas, yo también me mostraba retraída, indiferente, reservada. Así nos hemos ido alejando insensiblemente uno de otro, y cuando he querido romper el hielo que se había formado entre los dos, he visto que ya era tarde. ¿No es la culpa mía?

Discurriendo así, se apropiaba la responsabilidad de su desgracia por disculparlo; porque en aquel momento y en medio de su dolor, sentía por Luis un amor más intenso, más puro y más tierno.

Como he dicho al empezar este capítulo, no sabía qué hacer con la carta que su curiosidad había sorprendido. Devolvérsela era manifestar que todo lo había descubierto, y provocar una explicación indiscreta era acusarlo, ¡ella, que

quería defenderlo! Tampoco se consideraba con derecho á conservarla; además le hacía mucho daño á su corazón la compañía de una carta que era el testimonio de su desdicha. Ella la hubiera borrado palabra por palabra con la sangre de sus venas. Podía hacerla llegar á sus manos de un modo indirecto, pero tropezaba con la dificultad de que algún curioso penetrara su contenido, y esto sería imperdonable.

En las grandes tribulaciones del alma los medios más sencillos son los últimos que se ocurren. Margarita tenía un recurso que emplear. Casualmente se hallaba delante de la chimenea, cuya llama flotaba tranquilamente buscando en el aire algo que devorar. ¡Cuán fácil le era arrojar á la chimenea aquel plieguecillo de papel fino y hasta perfumado, que ocultaba todo el secreto de su desventura! Al fin le ocurrió esta idea, y sacó la carta del bolsillo de su bata para arrojarla al fuego.

Alzó la mano, mas se contuvo. Vaciló un momento, y abriendo la carta volvió á leerla. Es de advertir que ya la había leído cien veces, y que desde la primera vez quedó grabada en su memoria palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra.

Ya es ocasión de que conozcamos lo que en ella se contenía.

Por de pronto dejaba advertir que había sido escrita con mucha precipitación, cosa que á la vez atestiguaban las primeras palabras que se leían.

Margarita las repitió por centésima vez leyendo:

«Amigo mío: Venga usted al momento, sin pérdida de tiempo. No quiero descubrirle el motivo de esta urgencia, porque me reservo el placer de sorprenderle, y le prohibo que lo adivine. Soy una loca; pero no puedo contener á este pícaro corazón que se me sale del pecho. ¿Por qué? ¡Ah! Usted lo sabe. — CECILIA.»

No contenía más la carta, y en verdad no era poco. Había en ella urgencia, misterio, intimidación, abandono y hasta ternura. Las mujeres tienen la percepción instintiva más delicada que los hombres, y ninguna habría dudado que esos renglones estaban escritos por la mano de una mujer enamorada, y á Margarita, cuyos recelos anteriores nos son ya conocidos, no podía ocultársele la gravedad que encerraban.

— Sí — dijo contemplando la carta. — Es una loca á quien debo compadecer. No es una mujer astuta, es más bien una pobre muchacha ciega que envía esta carta á mi propia casa en una hora poco oportuna y sin más precaución que el sobre. Tiene pocos años..., muy pocos, y la imprevisión es la audacia de los niños... ¡Infeliz criatura! ¿Sabe ella acaso el daño que hace?

Como vemos, el corazón de Margarita estaba lleno de bondad y mansedumbre.

Fijos los ojos en las líneas que acabamos de leer, permaneció largo tiempo pensativa, y luego animándose la expresión abatida de su semblante, dijo:

— Sí..., es una loca..., un corazón que empieza á vivir. Pero Luis, ¿cómo ha podido también perder el juicio? Quizá he juzgado con demasiada precipitación. Pongamos las cosas en su punto. Puede muy bien esa bella criatura haber concebido por Luis una pasión desventurada. ¿Por qué no? Además esta carta lo atestigüa. Bien; ¿y él? ¿Quién me asegura que él corresponde á ese amor desatinado? Acaso no haga más que compadecerla. Pero entonces, ¿cómo no huye de ella? ¿Por qué se aleja de mí? ¿Por qué con tanta precipitación acude á buscarla cuando ella lo llama? ¿No es esto alimentar un sentimiento, al cual debía quitarle toda esperanza? Lo he visto triste, y me ocultaba el motivo de su tristeza. Está alegre, y no me dice el motivo de su alegría. Me esconde su corazón, para que yo no descubra lo que en él se encierra.

— Bien — añadió después de algunos instantes de silencio. — Es preciso secar mis ojos, y borrar de mis mejillas el rastro de las lágrimas..., es preciso sonreír. Me oculta lo que pasa en su alma, yo le ocultaré lo que pasa en la mía. Quiero salvarlo..., salvarlo á toda costa. ¿Y cómo? No tengo quien me aconseje, no tengo quien me dirija; porque ¿á quién voy yo á confiarle este secreto? ¿Puedo yo decirle á nadie? ¡Ah! No, no; ni á mí misma quiero decírmelo.

Toda mujer piadosa tiene siempre un sabio consejero que la dirija en las grandes tribulaciones de su espíritu, y aunque la incredulidad, triunfante en estos momentos, se sonría, voy á decir el nombre de ese consejero lleno de caridad y de sabiduría, ó, más bien dicho, lleno de la sabiduría de la caridad. Este amigo íntimo del alma, este depositario de nuestra conciencia es el *confesor*. El humilde sacerdote interpuesto por la eterna Misericordia entre Dios y el hombre, entre la Justicia divina y la culpa humana, ese es el gran consejero que sabe guiarnos, lo mismo en las angustias que en las felicidades de la vida. Él es el que por divina delegación, juez único de un tribunal, al que acude voluntariamente el culpable, sostiene al que vacila, afirma al que duda, levanta al que cae y bendice al que se humilla. No procesa, oye; no se indigna, sino que se compadece, y en vez de pedir castigos, pide arrepentimiento. En él están, como en sagrado depósito, la gracia del perdón y el consuelo de la penitencia.

Margarita tenía su confesor, anciano venerable, que vivía casi de limosna, y que pudo salvarse de la matanza de 1834 con que empezó su reinado la revolución que nos infesta. A nadie mejor que á este virtuoso sacerdote, que la llamaba su hija predilecta, podía Margarita pedir consejo, dirección y auxilio en la empresa de sacar á Luis del abismo en que había caído. Sin duda; pero sería preciso confiárselo todo, sería preciso descubrir á los ojos del sa-

cerdote la falta de Luis; esto para ella equivallía á acusarlo, y le costaba mucho trabajo arrancar aquel secreto de su corazón.

Indirectamente ya le había hecho algunas consultas, y el confesor siempre le decía:

— En esos casos la mujer debe ser más prudente que nunca, más humilde que nunca. No debe cerrarse la puerta al que se va, sino abrirla de par en par para que vuelva.

¡Ah, si ella pudiera confiar á Montero su aflicción y su propósito! Pero el amigo de Luis debía ignorar también tan triste suceso.

Bajó la cabeza ante la soledad en que se veía.

— ¡Ah! — exclamó de repente. — Yo tenía una idea..., una idea que se ha perdido en la confusión de mis pensamientos. Sí..., me la sugirió César al indicarme el generoso propósito de defender á esa infeliz huérfana de las asechanzas con que el mundo la rodea. Es un noble propósito, y yo debo ayudarle. Quizá no es tarde todavía. Defenderla á ella es lo mismo que salvarlo á él. César tenía á mis ojos una superficie antipática; no veía en él más que su inofensiva fatuidad, pero el fondo es bueno. Tiene corazón, y la empresa es digna de elogio. Nos auxiliaremos mutuamente; puede servirme de mucho.

Sus ojos se iluminaron como si hubiera brillado en su alma un rayo de luz, y arrugando entre sus dedos la carta de Cecilia, alzó por segunda vez la mano para arrojarla á la chimenea, mas tampoco esta vez fué la carta de Cecilia á la chimenea, porque al lanzarla al fuego se estremeció, y por un movimiento brusco y rápido volvió la carta al bolsillo de donde había salido.

Este cambio de dirección consistía en que Luis acababa de entrar en la habitación en que se hallaba Margarita. Los dos se mostraron sorprendidos al verse, y ambos se sonrieron al mirarse.

Ella comprimía el ligero temblor que la agitaba, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para serenarse. Era la primera vez que le ocultaba algo á Luis. La primera vez que, sea como quiera, lo engañaba, y la lealtad de su corazón se resistía como un adversario que no ha sido nunca vencido.

Luis que advirtió su turbación, atribuyéndola á la sorpresa que causan siempre las apariciones inesperadas, le dijo:

— Perdona..., no creí encontrarte aquí.

— Es decir, caballero — replicó Margarita, — ¿que no debo agradecerle á usted la visita?

— Poco á poco — contestó Luis, — No esperaba, en efecto, encontrarte aquí, lo cual no significa que no te buscara.

— ¡Ah! Eso es otra cosa.

Detúvose, porque sintió en la punta de la lengua la comezón de una frase que podía descubrir sus inquietudes, es decir, sus celos, y tuvo que apelar al recurso de morderse los labios para imponerles un discreto silencio.

— Eso es otra cosa — repitió, — y te lo agradezco, y no me enfado de que me hayas sorprendido. Eres una visita de confianza. Aquí me encuentras, y aquí te recibo. Siéntate..., como si estuvieras en tu casa.

El dulce acento con que fueron pronunciadas estas palabras, le quitaban toda sombra de reproche, y Luis no pudo ver en ellas más que un rasgo de buen humor de Margarita, al que era justo corresponder, y haciendo una graciosa cortesía, se sentó diciendo:

— Señora, muchas gracias.

— ¡Ah! — exclamó. — ¡Tan lejos! Eso es demasiado ceremonioso. Cualquiera que nos viera diría que es esta la primera vez que nos vemos.

Luis acercó su asiento al asiento de su mujer.

Ella comenzó á dar vueltas entre los dedos al cordón de su bata, y siguiendo con ojos distraídos las fluctuacio-

nes de la llama que se agitaba en la chimenea, le preguntó:

— ¿Y cómo vamos de negocios, Sr. de Góngora?

— Muy bien — contestó el abogado. — Puedo asegurar que marchan perfectamente.

— ¿Los clientes estarán contentos?

— Sí; no les doy motivo para que se quejen.

Margarita varió el rumbo de la conversación diciendo:

— Hace un hermoso día.

— Magnífico — dijo Luis. — El aire es frío, y no puede negar que viene del Guadarrama; pero el horizonte está despejado, y el sol brilla en todo su esplendor. Madrid tiene un cielo muy hermoso.

Margarita, sin apartar los ojos de la llama, hizo un signo negativo con la cabeza.

— ¿No? — preguntó Luis.

— No pretendo quitarle á Madrid el mérito de su cielo; pero esa naturaleza artificial con que pretenden engalanarlo, no tiene nada de risueña. Además el cielo es en todas partes hermoso, y en estas grandes poblaciones el cielo no se ve; no se ve más que la tierra.

— Es verdad: en estas grandes vegetaciones de piedra y ladrillo, en estos bosques de casas, en estas encrucijadas de calles no se ve más que la mano fugitiva del hombre.

— Hoy mismo — dijo Margarita con indolencia — he pensado en ello.

— ¿Sí?

— Sí; es una cosa triste.

— ¡Tristel!

Margarita volvió hacia su marido el semblante risueño, y contestó:

— Muy triste.

— ¿Por qué?

— Porque es una cuestión de recuerdos, y los recuerdos son siempre tristes.

— No sé — dijo Luis.

— ¡Bah! — añadió ella. — Los hombres tenéis una memoria demasiado frágil. ¿No te acuerdas ya de nuestra casa de San Juan de Luz?

— ¡Oh! — exclamó el abogado.

— Pues bien. Hoy he pensado en ella.

— Yo tampoco la olvido — añadió el jurisconsulto.

— Es natural que no la olvides, porque allí está enterrada tu madre. Allí nació Serafín.

— Es verdad — dijo Luis.

Hubo un momento de silencio. La conversación que había surgido con tan buen humor por una y otra parte, empezaba á entristecerse.

Margarita la reanudó diciendo:

— Aquel mar sin límites que se perdía en el horizonte, como la idea de la eternidad; aquel cielo que por todas partes salía al encuentro de nuestros ojos, como la última promesa de la esperanza; aquellas montañas silenciosas que ocultan sus cimas entre las nubes como si no quisieran ver las tristezas de la tierra; aquellas flores que tú sembrabas, y yo cogía; aquellos pájaros, siempre alegres, que se balanceaban cantando en las enredaderas de nuestras ventanas; aquellas golondrinas que se iban, aquellas golondrinas que volvían... Nuestros paseos solitarios, nuestras veladas en que Montero nos refería las locuras de su juventud, aquel sosiego, aquella comunicación tierna, íntima continua, ¿te acuerdas?

— ¡Sí! — exclamó Luis suspirando.

El recuerdo le había llegado al corazón, y Margarita, doblando la natural dulzura de su acento y animando sus ojos con todos los resplandores de su alma, le dijo:

— Pues bien, Luis, volvámonos á San Juan de Luz.

Indudablemente Luis no esperaba esta proposición, porque se mostró dudoso, vaciló en la respuesta que debía dar, y al fin contestó:

— ¡Ahoral..., ¡en medio del invierno!

— ¡Y qué! — replicó ella. — ¿No hemos pasado allí inviernos enteros?

— Sí; pero no puedo abandonar los negocios que me rodean. Hoy..., ¡bah!..., imposible.

Margarita bajó la cabeza, y él le preguntó:

— ¿Lo deseas mucho?

— Mucho — contestó ella.

— Entonces..., todo puede arreglarse. Vete tú; llévate á Serafín; Montero te acompaña, y yo iré después.

Margarita miró á su marido con sonrisa de paz, al mismo tiempo que le decía:

— Es un capricho. Vaya, no hablemos más de ello.

Luis guardó silencio, y parecía vivamente contrariado; mientras, ella buscaba otra conversación sin encontrarla.

Serafín entró precipitadamente con todo el alegre aturdimiento de la infancia. Vió á su madre, y saltó sobre sus rodillas; la abrazó, y besándola, decía con infantil orgullo:

— Mi madre..., ésta es mi madre.

Como siempre, detrás de Serafín iba Montero, que al llegar se detuvo en la puerta, contemplando el cuadro que ofrecían la madre y el hijo.

CAPITULO XXVI

LA MINA

Si queremos saber el efecto producido en la opinión pública por el escrito de Luis contra el banquero, debemos volver la espalda á las hablillas de las calles, dejar á un lado los comentarios de los cafés, y dirigirnos á la fuente. La fuente es el palacio de Valle-alegre, porque en las antecámaras de esta regia morada es donde refluyen las corrientes de la opinión, es el foco luminoso donde se reúnen las más autorizadas especies, las historias auténticas, y donde la libertad del pensamiento podía permitirse todas las audacias en punto á suposiciones. Allí llegaba el eco de todos los rumores, y se sabía al dedillo lo que pasaba en todas partes.

La ocasión más á propósito para penetrar en la casa del banquero era en las primeras horas de la noche, en que después de la comida se establecía la tertulia de sobremesa.

Su majestad bursátil tenía la costumbre de hacerse servir el café en medio de su corte; hora amena, en la cual se hacía el festivo resumen de los más notables escándalos del día.

El pleito, ya resueltamente entablado, era la base fundamental de la conversación que iba y venía de boca en boca, enredándose alrededor del banquero por toda la redondez de la concurrencia.

Valle-alegre oía y callaba, celebraba los chistes con